

y mi manera de ser ingenua, en tanto que la reverencia pública lo consienta. Si hubiera yo pertenecido á esas naciones que se dice que viven todavía bajo la dulce libertad de las primitivas leyes de la naturaleza, te aseguro que me hubiese pintado bien de mi grado de cuerpo entero y completamente desnudo. Así, lector, sabe que yo mismo soy el contenido de mi libro, lo cual no es razón para que emplees tu vagar en un asunto tan frívolo y tan baladí. Adiós, pues.

De Montaigne, á 12 días del mes de junio de 1580 años.

ENSAYOS DE MONTAIGNE

LIBRO PRIMERO

CAPÍTULO PRIMERO

POR DIVERSOS CAMINOS SE LLEGA Á SEMEJANTE FIN

El modo más frecuente de ablandar los corazones de aquellos á quienes hemos ofendido, cuando tienen la venganza en su mano y estamos bajo su dominio, es conmovernos por sumisión á conmiseración y piedad; á veces la bravura, resolución y firmeza, medios en todo contrarios, sirvieron para el logro del mismo fin.

Eduardo, príncipe de Gales, el que durante tanto tiempo gobernó nuestra Guiena, personaje cuya condición y fortuna tienen tantas partes de grandeza, habiendo sido duramente ofendido por los lemosines y apoderándose luego de su ciudad por medio de las armas, no le detuvieron en su empresa los gritos del pueblo, mujeres y niños, entregados á la carnicería, que le pedían favor arrojándose á sus pies, y su cólera fué implacable hasta el momento en que, penetrando más adentro en la ciudad, vió tres franceses nobles que con un valor heroico querían contrarrestar los esfuerzos de los vencedores. La consideración y respeto de virtud tan noble detuvo primeramente su cólera, y merced á los tres caballeros comenzó á mirar misericordiosamente á todos los demás moradores de la ciudad.

Scanderberg, príncipe del Epiro, que seguía á uno de sus soldados para matarlo, habiendo la víctima intentado apaciguar la cólera del soberano con toda suerte de humillaciones y de súplicas, resolvió de pronto hacerle frente con la espada en la mano; tal resolución detuvo la furia de su dueño, quien habiéndole visto tomar determinación tan digna le concedió su gracia. Este ejemplo podrá ser interpretado de distinto modo por aquellos que no tengan noticia de la prodigiosa fuerza y valentía de este príncipe.

El emperador Conrado III, que tenía cercado á Guelfo,

duque de Baviera, no quiso condescender á condiciones más suaves, por más satisfacciones cobardes y viles que se le ofrecieron, que consentir solamente en que las damas nobles sitiadas que acompañaban al duque, salieran á pie con su honor salvo y con lo que pudieran llevar consigo. Estas, que tenían un corazón magnánimo, quisieron echar sobre sus hombros á sus maridos, á sus hijos y al duque mismo; el emperador experimentó placer tanto de tal valentía, que lloró de satisfacción y se amortiguó en él toda la terrible enemistad que había profesado al duque. De entonces en adelante trató con humanidad á su enemigo y á sus tropas.

Ambos medicos arrastrarianme fácilmente, pues yo me inclino en extremo á la misericordia y á la mansedumbre. De tal modo, que á mi entender, mejor me dejaría llevar á la compasión que al peso del delito. Si bien la piedad es una pasión viciosa á los ojos de los estoicos, quieren éstos que se socorra á los afligidos, pero no que se transija con sus debilidades. Esos ejemplos me parecen más adecuados, con tanta más razón cuanto que se ven aquellas almas (asediadas y probadas por los dos medios) doblegarse ante el uno permaneciendo inalterables ante el otro.

Puede decirse que el conmoverse y apiadarse es efecto de la dulzura, bondad y blandura de alma, de donde proviene que las naturalezas más débiles, como son las de las mujeres, los niños y el vulgo, estén más sujetas á aquella virtud; mas el desdeñar las lágrimas y llores como indignos de la santa imagen de la fortaleza, es prueba de un alma valiente é implacable que tiene en estima y en honor un vigor resistente y obstinado. De todas suertes, hasta en las almas menos generosas la sorpresa y la admiración pueden dar margen á un efecto parecido; tal atestigua el pueblo de Tebas, que habiendo condenado á muerte á sus capitanes por haber continuado su mando un tiempo más largo que el prescrito y ordenado de antemano, absolvió á duras penas de todo castigo á Pelópidas, que no protestó contra la acusación; Epaminondas, por el contrario, alabó su propia conducta, censuró al pueblo de una manera arrogante y orgullosa, y los ciudadanos no osaron siquiera tomar las bolas para votar; lejos de condenarle, la Asamblea se disolvió ensalzando grandemente las proezas de este personaje.

Dionisio el Antiguo, que después de grandes y prolongados obstáculos consiguió hacerse dueño de la ciudad de Reggio y del capitán Fitón, hombre valiente y honrado que había defendido heroicamente la plaza, quiso tomar un trágico ejemplo de venganza contra él. Dijole primeramente que el día anterior había mandado ahogar á su hijo y á toda su familia, á lo cual Fitón se limitó á responder que los suyos habían alcanzado la dicha un día antes que él. Luego le despojó de sus vestiduras, le entregó á los verdugos y le arrastró por la ciudad, flagelándole ignominios a

y cruelmente y cargándole además de injurias y denuestos. Pero Fitón mantuvo su serenidad y valor, y con el rostro sereno pregonaba á voces la causa honrosa y gloriosa de su muerte, por no haber querido entregar su país en las manos de un tirano, á quien amenazaba con el castigo próximo de los dioses. Leyendo Dionisio en los ojos de la mayor parte de sus soldados que éstos, en lugar de animarse con la bravura del enemigo vencido, daban claras muestras que recaían en desprestigio del jefe y de su victoria y advirtiendo que iban ablandándose ante la vista de una virtud tan rara y que amenazaban insurreccionarse y aun arrancar á Fitón de entre las manos de sus verdugos, el vencedor puso término al martirio, y ocultamente arrojó al mar al vencido.

Preciso es reconocer que el hombre es cosa pasmosamente vana, variable y ondeante, y que es bien difícil fundamentar sobre él juicio constante y uniforme. Pompeyo perdonó á la ciudad entera de los mamertinos, contra la cual estaba muy exasperado, en consideración á la virtud y magnanimidad del ciudadano Zenón, que echó sobre sí las faltas públicas, y no pidió otra gracia sino recibir él solo todo el castigo. El huésped de Sila, habiendo practicado virtud semejante en la ciudad de Perusa, no ganó nada con ello para sí ni para sus ciudadanos.

Por manera contraria á lo que pregonan mis primeros ejemplos, el más valeroso de los hombres y tan humano para los vencidos como Alejandro, habiéndose hecho dueño después de muchos obstáculos de la ciudad de Gaza, encontró á Betis que la defendía con un valor de que Alejandro había sentido los efectos; Betis solo, abandonado de los suyos, con las armas hechas pedazos, cubierto todo de sangre y heridas, combatía aún rodeado de macedonios que le asediaban por todas partes. Entonces Alejandro le dijo, contrariado por el gran trabajo que le había costado la victoria (pues entre otros daños había recibido dos heridas en su persona): «No alcanzarás la muerte que pretendes, Betis; preciso es que sufras toda suerte de tormentos, todos los que puedan emplearse contra un cautivo.» El héroe á quien tales palabras iban dirigidas, seguro de sí mismo y con rostro arrogante y altivo, se mantuvo sin decir palabra ante tales amenazas; entonces Alejandro, viendo su silencio altanero y obstinado, dijo: «¿Ha doblado siquiera la rodilla? ¿Se le ha oído tan sólo una voz de súplica? Yo domaré ese silencio, y si no puedo arrancarle una palabra, haré que profiera gemidos y quejas.» Y convirtiendo su cólera en rabia, mandó que se le oradasen los talones, y le hizo así arrastrar vivo, desgarrarle y desmembrarle amarrado á la trasera de una carreta. ¿Aconteció que la fuerza del valor fuese en el monarca tan natural que por no admirarla la respetó menos? ¿ó que

la considerase sólo como patrimonio suyo, y que al rayar á tal altura no pudo con calma contemplarla en otro sin el despecho de la envidia? ¿ó que en la impetuosidad natural de su cólera fuese incapaz de contenerse? Cierto que si esta pasión hubiera podido dominarla el monarca, es de creer que la hubiera sujetado en la toma y desolación de la ciudad de Tebas, al ver pasar á cuchillo cruelmente tantos hombres valerosos desprovistos de defensa: seis mil recibieron la muerte, en ninguno de los cuales se vió intento de huir; nadie pidió gracia ni misericordia; al contrario, todos se hicieron fuertes ante al enemigo victorioso, provocándole á que les hiciera morir de una manera honrosa. Á ninguno abatieron tanto las heridas del combate, que no intentara vengarse al exhalar el último suspiro, y con la ceguedad de la desesperación consolar su muerte con la de algún enemigo. El espectáculo de aquel dolor no encontró piedad alguna, y no bastó todo el espacio de un día para saciar la sed de venganza: esta carnicería duró hasta que fué derramada la última gota de sangre, y no se detuvo sino en las personas indefensas, viejos, mujeres y niños, para hacer de todos ellos treinta mil esclavos.

CAPÍTULO II

DE LA TRISTEZA

Yo soy de los más exentos de esta pasión y no siento hacia ella ninguna inclinación ni amor, aunque la sociedad haya convenido como justa remuneración honrarla con su favor especial; en el mundo se disfrazan con ella la sabiduría, la virtud, la conciencia; feo y estúpido ornamento. Los italianos, más cuerdos, la han llamado malignidad, porque es una cualidad siempre perjudicial, siempre loca y como tal siempre cobarde y baja: los estoicos prohibían la tristeza á sus discípulos.

Cuenta la historia que Psamenito, rey de Egipto, habiendo sido derrotado y hecho prisionero por Cambises, rey de Persia, y viendo junto á él á su hija, también prisionera y convertida en sirviente á quien se enviaba á buscar agua, todos los amigos del rey lloraban y se lamentaban en su derredor mientras él permanecía quedo sin decir palabra, y con los ojos fijos en la tierra; viendo en aquel momento que conducían á su hijo á la muerte, mantúvose en igual disposición, pero habiendo observado que uno de sus amigos iba entre los cautivos, empezó á golpearse la cabeza y á dejarse ganar por la desolación.

Tal suceso podría equipararse á lo acontecido no ha mucho á uno de nuestros príncipes que, habiendo sabido en Trento, donde se encontraba, la nueva de la muerte de

su hermano mayor, en quien se cifraba el apoyo y honor de la casa, y luego igual desgracia de otro hermano menor, la segunda esperanza, y habiendo sufrido ambas pérdidas con una resignación ejemplar, como algunos días después á uno de sus servidores le acometiese la muerte, fué muy sensible á esta nueva, y perdiendo la calma se llenó de ostensible pena de tal modo, que algunos tomaron de ello pie para suponer que no le había llegado á lo vivo más que la última desgracia; pero la verdad del caso fué, que estando lleno y saturado de tristeza, la más leve añadidura hizo que su sentimiento se desbordase. Lo mismo podría decirse del hecho anteriormente citado, y la historia lo comprueba: Cambises, informándose de por qué Psamenito no se había conmovido ante la desgracia de su hijo ni la de su hija, sufrió dolor tal al ver la de uno de sus amigos: « Es, respondió, que sólo el último dolor ha podido significarse en lágrimas; los dos primeros sobrepasaron con mucho todo medio de expresión. »

Me parece que se relaciona con estos ejemplos la idea de aquel pintor de la antigüedad que teniendo que representar en el sacrificio de Ifigenia el duelo de los asistentes según el grado de pesar que cada uno llevaba en la muerte de aquella joven hermosa é inocente, habiendo el artista agotado los últimos recursos de su arte, al llegar al padre de la víctima le representó con el rostro cubierto, como si ninguna actitud humana pudiera expresar amargura tan extrema. He aquí por qué los poetas simulan á la desgraciada Niobe, que perdió primero siete hijos y en seguida otras tantas hijas, agobiada de pérdidas, transformada en roca,

Diriguisse malis ¹,

para expresar la sombría, muda y sorda estupidez que nos agobia cuando los males nos desolan, sobrepasando nuestra resistencia. Efectivamente, el sentimiento que un dolor ocasiona, para rayar en lo extremo, debe trastornar el alma toda é impedirle la libertad de sus acciones: como nos acontece cuando recibimos súbitamente una mala noticia, que nos sentimos sobrecogidos, transidos y como tullidos, é imposibilitados de todo movimiento; de modo que el alma, dando luego libre salida á las lágrimas y á los suspiros, parece desprenderse, deshacerse, y ensancharse á su albedrío:

Et via vix tandem voci laxata dolore est ².

En la guerra que el rey Fernando hizo á la viuda de Juan de Hungría, junto á Buda, un soldado de á caballo descono-

1. Petrificada por el dolor. OVIDIO, *Metam.*, VI, 304. Ovidio escribe: *Diriguitque malis*.

2. El dolor deja al fin paso á su voz.

VIRGILIO, *Eneida*, XI, 431.

cido se distinguió heroicamente, y su arrojo fué alabado por todos, á causa de haberse conducido valerosamente en una algarada donde encontró la muerte; pero de ninguno tanto como de Raisciac, señor alemán, que se prendó de una tan singular virtud. Habiendo éste recogido el cadáver, tomado de la natural curiosidad, se aproximó para ver quién era, y luego que le retiró la armadura, reconoció en el muerto á su propio hijo. Esto aumentó la compasión en los asistentes: el caballero sólo, sin proferir palabra, sin parpadear, permaneció de pie, contemplando fijamente el cuerpo, hasta que la vehemencia de la tristeza, habiendo postrado su espíritu, le hizo caer muerto de repente.

Chi può dir com' egli arde, e in picciol fuoco ¹,

dicen los enamorados hablando de una pasión extrema:

Misero quod omnes
Eripit sensus mihi: nam, si' aut te,
Lesbia, adspexi, nihil est super mi
Quod loquar amens:
Lingua sed torpet; tonius sub artus
Flamma dimanat; sonitu suopte
Tinniunt aures; gemina teguntur
Lumina nocte ².

No es, pues, en el vivo y más enérgico calor del acceso cuando lanzamos nuestras quejas y proferimos nuestras persuasiones; el alma está demasiado llena de pensamientos profundos y la materia abatida y languideciendo de amor; de lo cual nace á veces el decaimiento fortuito que sorprende á los enamorados tan á destiempo, y la frialdad que los domina por la fuerza de un ardor extremo en el momento mismo del acto amoroso. Todas las pasiones que se pueden aquilatar y gustar son mediocres:

Curæ leves loquuntur, ingentes stupent ³.

La sorpresa de una dicha que no esperábamos, nos sorprende de igual modo:

Ut me conspexit venientem, et Troia circum,
Arma amens vidit; magnis exterrita monstris,
Dirigit visu in medio; calor ossa reliquit;
Labitur, et longo vix tandem tempore fati ⁴.

1. No es muy grande el amor que puede expresarse. PERSA VAC., último verso del soneto 137.

2. ¡Infeliz de mí! El amor trastorna todos mis sentidos. Ante tu vista, ¡oh, Lesbia! véome perdido de tal modo, que hasta las fuerzas me faltan para hablar; mi lengua se traba, una llama sutil corre por mis venas; resuenan en mis oídos mil ruidos confusos y la lobreguez de la noche envuelve mis ojos. CATULO, *Carm.*, LI, 5. — Estos versos son imitación de una oda de Safo, que fué traducida por Boileau.

3. ... Cuando ligeras se formulan, cuando extremas son mudas. SÉNECA, *Hipp.*, acto II, escen. 3, v. 607.

4. En cuanto me ve venir, en cuanto reconoce por todos lados las armas troyanas, fuera de sí, como trastornada por una visión horrible permanece inmóvil; su sangre se hiela, cae por tierra y sólo largo tiempo después consigue recobrar su voz. VIRGILIO, *Eneida*, III, 306.

Á más de la mujer romana que murió por el goce que la ocasionó el regreso de su hijo de la derrota de Canas, Sófocles y Dionisio el Tirano fenecieron de placer; y Talva acabó sus días en Córcega, leyendo las nuevas de los honores que el senado romano le había tributado; en nuestro propio siglo al pontífice León X, habiéndosele notificado la toma de Milán, por él ardentemente deseada, le dominó tal exceso de alegría, que le produjo una fiebre mortal. Y un testimonio más notable todavía de la debilidad humana, Diodoro el dialéctico, murió instantáneamente, dominado por una pasión extrema de vergüenza á causa de no encontrar un argumento, hablando en público, con que confundir á su adversario. Yo me siento lejos de tan avasalladoras pasiones; no es grande mi recelo y procuro además solidificarlo y endurecerlo todos los días con la reflexión.

CAPÍTULO III

COMO LO PORVENIR NOS PREOCUPA MÁS QUE LO PRESENTE

Los que acusan á los hombres de marchar constantemente con la boca abierta en pos de las cosas venideras, y nos enseñan á circunscribirnos á los bienes presentes y á contentarnos con ellos, como si nuestro influjo sobre lo porvenir fuera menor que el que pudiéramos tener sobre lo pasado, tocan el más común de los humanos errores, si puede llamarse error aquello á que la naturaleza nos encamina para la realización de su obra, imprimiéndonos como á tantos otros, la falsa imaginación, más celosa de nuestra acción que de nuestra ciencia.

No estamos nunca concentrados en nosotros mismos, siempre permanecemos más allá: el temor, el deseo, la esperanza nos empujan hacia lo venidero y nos alejan de la consideración de los hechos actuales, para llevarnos á reflexionar sobre lo que acontecerá, á veces hasta después de nuestra vida. *Calamitosus est animus futuri anxius* ¹.

El siguiente precepto es muy citado por Platón: «Cumple con tu deber y concómete.» Cada uno de los dos miembros de esta máxima envuelve en general todo nuestro deber, y el uno equivale al otro. El que hubiera de realizar su deber, vería que su primer cuidado es conocer lo que realmente se es y lo que mejor se acomoda á cada uno; el que se conoce no se interesa por aquello en que nada le va ni le viene; profesa la estimación de sí mismo antes que la de ninguna otra cosa, y rechaza los quehaceres superfluos y los pensamientos y propósitos baldíos. Así como

1. El espíritu á quien lo porvenir preocupa es siempre desdichado. SÉNECA, *Epist.* 98.

la locura con nada se satisface, así el hombre prudente se acomoda á lo actual y nunca se disgusta consigo mismo. Epicuro dispensa á sus discípulos de la previsión y preocupación del porvenir.

Entre las leyes que se refieren á las defunciones, la que juzgo más fundamentada es aquella por virtud de la cual se examinan las acciones de los príncipes y soberanos después de su muerte. Ellos son los compañeros, si no los dueños de las leyes: lo que la justicia no ha podido vencer en su vida, justo es que lo pueda sobre su reputación y los bienes de sus sucesores, cosas que á veces ponemos por cima de la propia existencia. Es una costumbre que lleva consigo ventajas singulares para las naciones en que se observa y digna de ser deseada por todos los buenos príncipes que tienen motivos de queja de que su memoria se trate como la de los malos. Debemos sumisión y obediencia igualmente á todos los reyes, pero tanto la estima como la afección la debemos únicamente á su virtud. Concedamos al orden político el sufrirlos pacientemente, aunque sean indignos; ayudemos con nuestra recomendación sus acciones indiferentes, mientras que su autoridad ha menester de nuestro apoyo; pero una vez acabadas nuestras relaciones, no es razón el negar á la justicia y á nuestra libertad la expresión de nuestros verdaderos sentimientos, y principalmente el rechazar á los buenos súbditos la gloria de haber fiel y reverentemente servido á un dueño cuyas imperfecciones le eran bien conocidas, quitando á la posteridad tan conveniente recurso. Aquellos que por respeto de algún beneficio recibido elogian cínicamente la memoria de un príncipe indigno de tal honor, hacen justicia particular á expensas de la justicia pública. Tito Livio dice verdad cuando escribe « que el lenguaje de los que viven á expensas de los monarcas está siempre lleno de ostentaciones vanas y testimonios falsos »; cada cual ensalza á su rey á la primera línea del valer y á la grandeza soberanos. Puede reprobarse la magnanimidad de aquellos dos soldados que interrogados por Nerón, el uno por qué no le quería bien: « Te quería, le contestó, cuando eras bueno; pero desde que te has convertido en parricida, incendiario y charlatán, te odio como merces. » Preguntado el otro por qué pretendía darle muerte, respondió: « Porque no veo otro medio de evitar tus continuas malas acciones. » Pero los universales y públicos testimonios que después de su muerte se dieron y se darán siempre que se trate de príncipes perversos como él y demás reyes tiránicos, ¿qué sano espíritu puede reprobarlos?

Me contraria que en pueblo tan bien gobernado como el de los lacedemonios, hubiera una costumbre tan poco sincera como la de que voy á hablar. Cuando morían sus reyes, todos los confederados y vecinos, así como los ilotas, hombres y mujeres indistintamente, se hacían cortaduras en la

frente en señal de duelo, y proclamaban con gritos y lamentos que el monarca cuya muerte lloraban, cualquiera que su indole hubiera sido, era el mejor soberano que habían tenido; así atribuían al rango la alabanza que sólo al mérito pertenece, y sólo al de la categoría más depurada.

Aristóteles, que en sus escritos todo lo abarca y comprende, habla de la frase de Solón que dice: « Nadie antes de morir puede considerarse dichoso »; sin embargo, hasta el mismo que ha vivido y muerto á medida de sus deseos, tampoco puede considerarse como feliz si su fama se desprestigia y si su descendencia es miserable. Mientras nos agitamos sobre la tierra, por espíritu de preocupación nos trasladamos donde nos place; mas cuando la vida nos escapa no tenemos ninguna comunicación con las cosas de por acá; así que podemos reponer al dicho de Solón que jamás hombre alguno es feliz puesto que no alcanza tal dicha sino que cuando ya no existe:

Quisquam
Vix radicitus e vita se tollit, et jecit:
Sed facit esse sui quiddam super inscius ipse...
Nec removet satis a p[er]c[us]s[us] corpore sese, et
Vindicat ¹.

Beltrán Duguesclin murió en el cerco del castillo de Randón, cerca de Puy, en Auvernia; habiendo sido vencidos los sitiados se vieron obligados á dejar las llaves de la fortaleza junto al cadáver. Bartolomé de Alviani, general del ejército veneciano, habiendo muerto en las guerras que éstos sostuvieron en el Bresciano y su cadáver trasladado á Venecia, al través de Verona, ciudad enemiga, la mayor parte de sus tropas fué de parecer que se pidiera un salvoconducto á los veroneses; pero Teodoro Trivulcio se negó á ello, y antes prefirió pasarlo á viva fuerza exponiéndose á los azares del combate, « no siendo propio, decía, que quien en vida jamás había tenido miedo á sus enemigos, una vez muerto les mostrase algún temor ». En efecto, en caso análogo y por virtud de las leyes griegas, el que pedía al enemigo un cadáver para darle sepultura renunciaba por este hecho á la victoria, y no le era ya posible dejar bien puesto el pabellón. Así perdió Nicias la que ganara en buena lid sobre los corintios; y por el contrario, Agesilao aseguró el triunfo que estuvo á punto de perder sobre los beocios.

Rasgos semejantes podrían parecer extraños, si no fuera costumbre de todos los tiempos, no solamente llevar el cuidado de nuestras vidas más allá de este mundo, sino también creer que con frecuencia los favores celestiales nos acompañan al sepulcro y siguen á nuestros restos. De lo

1. Apenas si se ve un hombre cuerdo que se sustraiga totalmente á la existencia. Inseguros del porvenir, los humanos imaginan que una parte de su ser les sobrevive, y no pueden libertarse de este cuerpo que perece y cae. LUCRECIO. III, 890 y 895.

cual hay tantos ejemplos antiguos, dejando á un lado los nuestros, que no hay para qué insistir. Eduardo I, rey de Inglaterra, habiendo observado en las dilatadas guerras que sostuvo con Roberto, rey de Escocia, cuánto su presencia hacia ganar á sus empresas, dándole siempre la victoria en las expediciones que dirigia, hallándose moribundo obligó á su hijo, por juramento solemne, que cuando dejara de existir hiciera cocer su cuerpo para separar así la carne de los huesos y que enterrase aquélla; y cuanto á los huesos, que los reservase para llevarlos consigo en las batallas siempre que hubiera de sostener guerra contra los escoceses, como si el destino hubiera fatalmente unido la victoria á sus despojos. Juan Ziska, que trastornó la Bohemia defendiendo los errores de Wicief, quiso que le arrancaran la piel después de muerto y que con ella hicieran un tambor para tocarlo en las guerras que en adelante se sostuvieran contra sus enemigos, estimando que esto ayudaría á continuar las glorias que él había alcanzado en las lides contra aquéllos. Algunos indios de América entraban en combate contra los españoles llevando el esqueleto de uno de sus jefes, en consideración de la buena estrella que en vida había tenido; otros pueblos americanos llevaban á la guerra los cadáveres de los más bravos que habían perecido en las batallas para que la fortuna les fuera favorable y les sirviesen de estímulo. Los primeros ejemplos no atribuyen á los muertos virtud más que por reputación alcanzada, á causa de sus acciones, mas los segundos suponen la idea de la acción.

Quizás más digna de señalarse sea la acción del capitán Bayardo, quien sintiéndose herido de muerte por un arcabuzazo, y aconsejándole que se retirase del combate, respondió que no le parecía bien; que no estaba por empezar á volver la espalda al enemigo en los últimos momentos de su vida; habiendo combatido mientras para ello le quedaron fuerzas, cuando ya se sintió sin aliento, y próximo á caer del caballo, mandó á su maestresala que le tendiera al pie de un árbol de modo que pudiese morir con el rostro frente al enemigo, como lo hizo.

Me es necesario consignar este otro ejemplo, tan digno de memoria como los precedentes. El emperador Maximiliano, bisabuelo del rey Felipe actualmente en vida, era un príncipe á quien adornaban muy brillantes dotes y entre otras una belleza física singular; pero entre sus caprichos tenía el siguiente, bien contrario al de los príncipes que, para el despacho de sus más urgentes negocios, convierten en trono la silla de servicio; jamás tuvo criado de tanta confianza que le permitiera verle cuando hacía sus menesteres; ocultábase para orinar tan cuidadosamente como una doncella, y ni ante su propio médico, ni ante ninguna otra persona, cualesquiera que ésta fuese, mostraba sus desnudeces.

deces. Yo, que soy libre de palabra, propendo sin embargo por temperamento al pudor; si una gran necesidad no me obliga á ello, no muestro á los ojos de nadie las partes del cuerpo que el decoro obliga á tener guardadas. A tan supersticioso extremo llevó su hábito el príncipe de que hablo, que dispuso expresamente en su testamento que le atasen bien los calzoncillos cuando muriese, y que la persona que se los sujetase tuviera los ojos vendados. El mandato que Ciro hizo á sus hijos de que ni éstos ni nadie vieses ni tocase su cuerpo luego que el alma se desprendiera de la materia, atribúyolo á costumbre piadosa, pues así su historiador como aquel monarca, entre otros de sus relevantes méritos, mantuvieron durante todo el transcurso de su vida un especial cuidado de reverencia á las prácticas religiosas.

Disgústome la relación que un noble me hizo de un pariente mío, distinguido así en la paz como en la guerra: acabando sus días, ya largos, en su casa señorial, atormentado por fuertes dolores de piedra, ocupó sus últimas horas con un cuidado intenso en disponer la ceremonia de su entierro, é hizo que todos los nobles que le visitaron le dieran palabra de asistir á la ceremonia; y á su mismo soberano, que le había oído disponer semejantes preparativos, suplicóle que los de su casa fueran también de la comitiva, empleando muchos ejemplos y razones para demostrar que tal honor pertenecía legítimamente á un hombre de su rango. Obtenida que fué la promesa, pareció expirar contento luego que hubo ordenado á su gusto el acompañamiento del cortejo fúnebre. Apenas he visto otro caso de vanidad tan perseverante.

Otra preocupación opuesta, de que también podría encontrar algún ejemplo en algunas familias, me parece hermanarse con la anterior, y consiste en cuidarse de un modo meticuloso, en los últimos instantes, en ordenar el entierro conforme á la más feroz economía, y en reducir todo el séquito á un criado con una farola. Tal fué el proceder de Marco Emilio Lépidio, á quien se alaba por ello, el cual prohibió á sus herederos que para él se llevaran á cabo las ceremonias acostumbradas en tales casos. ¿Testimonia frugalidad y templanza el evitar los gastos y beneficios de cuyo disfrute y conocimiento no podemos ya darnos cuenta? Es cuando más una privación sencilla y de poco coste. Si hubiera necesidad de ordenar tales aprestos, sería mi parecer que en esta como en todas las demás cosas de la vida, cada cual los dispusiera con arreglo á su estado de fortuna. El filósofo Lycón ordena cuerdateamente á sus amigos que depositen su cuerpo donde mejor les parezca; y en cuanto á los funerales, les dice que no sean ni demasiado mezquinos ni suntuosos con exceso. En punto á entierro, me acomodaré á la costumbre general, y me encomendaré á la voluntad de

aquellos que á la hora de mi muerte me rodeen. *Totus hic locus est contemnendus in nobis, non negligendus in nostris* ¹. Y muy santamente escribe un padre de la Iglesia: *Curatio funeris, conditio sepulturae, pompa exsequiarum, magis sunt vivorum solatia, quam subsidia mortuorum* ². Por eso Sócrates responde á Critón, que le pregunta en el momento de su muerte cómo quiere ser enterrado: « Como mejor te cuadre. » Si el templo de mi alma alcanzara á tanto, mejor preferiría imitar á los que vivos y rozagantes arreglan y hasta disfrutan del orden y disposición de su sepulcro, y se complacen viendo su marmórea representación funeraria. ¡ Dichosos los que saben hacer que sus sentidos gocen en presencia de la insensibilidad y vivir de su muerte!

Cuando viene á mi memoria la inhumana injusticia del pueblo ateniense, que hizo morir sin remisión, sin querer siquiera oír sus defensas, á los valientes capitanes que acababan de ganar contra los lacedemonios el combate naval que se libró cerca de las islas Arginensas, poco me falta para detestar con irreconciliable odio toda dominación popular, aunque en el fondo me parezca la más justa y natural. Aquel combate fué el más reñido, el más encarnizado que los griegos libraran por mar con sus escuadras, y se sacrificó á sus caudillos porque después de la victoria siguieron la conducta que la ley de la guerra les brindara, mejor que detenerse á recoger y dar sepultura á sus muertos. Hace más odiosa todavía esta ejecución la varonil y generosa conducta de Diomedón, uno de los condenados, hombre dotado de grandes virtudes militares y políticas, el cual, adelantándose para hablar á sus jueces, luego de haber oído el decreto que le condenaba, que era la ocasión única en que le era lícito hablar, en lugar de emplear sus palabras en defensa de su causa y de hacer flagrante la evidente injusticia de un decreto tan cruel, ninguna palabra dura tuvo para los que le juzgaban; rogó sólo á los dioses que convirtieran la sentencia en beneficio de los que la dictaron. Y con el fin de que por dejar sin cumplimiento las promesas que él y sus compañeros habían hecho á las divinidades por haberles otorgado un tan señalado triunfo, la ira celeste no descargara sobre los condenadores, Diomedón explicó en qué consistían aquéllas. Al punto, sin proferir una palabra más, sin titubear, encaminóse al suplicio con heroico continente.

Años después la fortuna les infringió el mismo castigo: Cabrias, general de las fuerzas marítimas, habiendo tenido

1. Es un cuidado que debemos desechar para nuestras personas, mas no para nuestros deudos. CICERÓN, *Tuscul. quæst.*, I, 43.

2. El orden de los funerales, la elección de sepultura y la solemnidad de las honras fúnebres son menos necesarios para la tranquilidad de los muertos que para el consuelo de los vivos. SAN AGUSTÍN, *De Civit. Dei*, I, 42.

la mejor parte en el combate contra Pollis, almirante de Esparta en la isla de Naxos, perdió todos los beneficios de una victoria decisiva por no incurrir en igual desgracia que los anteriores; queriendo recoger algunos cadáveres que flotaban en el mar dejó salvarse un número importante de enemigos, que les hicieron pagar bien cara su importuna superstición:

Quæris, quo jaceas, post obitum, loco?
Quo non nata jacent ¹.

Ennio concede el sentimiento del reposo á un cuerpo sin alma:

Neque sepulcrum quo recipiatur, habeat partem corporis;
Ubi remissa humana vita, corpus requiescat a malis ²?

Igualmente la naturaleza nos muestra que algunas cosas muertas guardan todavía relaciones ocultas con la vida: el vino se altera en las bodegas al tenor de los cambios que las estaciones producen las vides, y la carne montesina cambia de naturaleza y sabor en los saladeros, del propio modo que la de los animales vivos, al decir de algunos.

CAPÍTULO IV

CÓMO EL ALMA DESCARGA SUS PASIONES SOBRE OBJETOS FALSOS,
CUANDO LOS VERDADEROS LA FALTAN

Un noble francés, extremadamente propenso al mal de goeta, á quien los médicos habían prohibido rigorosamente que comiera carnes saladas, acostumbraba á reponer, bromeando, al precepto facultativo: « Menester es que yo encuentre á mano alguna causa á que achacar mi mal; maldiciendo unas veces de las salchichas y otras de la lengua de vaca y del jamón, parece que me siento más aliviado. »

De la propia suerte que cuando alzamos el brazo para sacudir un golpe, nos ocasiona dolor el que no encuentre materia con que tropezar, dar el golpe en vago, y así como para que la vista de un panorama sea agradable, es necesario que no esté perdido ni extraviado en la vaguedad del aire, sino que se encuentre situado en lugar conveniente:

Ventus ut amittit vires, nisi robore densæ
Occurrant silvæ, spatium diffusum inani ³.

1. ¿Quieres saber dónde irás cuando mueras? Donde están las cosas por nacer. SENECA, *Troad.*, Cor. act. II, v. 30.

2. Lejos de tí para siempre la paz de los sepulcros donde el cansado cuerpo halla por fin el descanso. ENNIO, *apud Cic.*, *Tuscul.*, I, 44.

3. Y como el viento pierde su fuerza si las espesas selvas no irritan su furor, disipándose en la vaguedad del aire. LUCANO, III, 462.

de igual modo parece que el alma, quebrantada y conmovida, se extravía en sí misma si no se la proporciona objeto determinado; precisa en toda ocasión procurarla algún fin en el cual se ejercite. Plutarco dice, refiriéndose á los que tienen cariño á los perrillos y á las monas, que la parte afectiva que existe en todos los humanos, falta de objeto adecuado, antes que permanecer ociosa se forja cualquiera, por frívolo que sea. Vemos pues, que nuestra alma antes se engaña á sí misma enderezándose á un objeto frívolo ó fantástico, indigno de su alteza, que permanece ociosa. Así los animales llevados de su furor, se revuelven contra la piedra ó el hierro que los ha herido, y se vengan á dentelladas sobre su propio cuerpo, del daño que recibieron :

Pannonis haud aliter post ictum sævior ursæ,
Cui jaculum parva Libys amentavit habena,
Se rotat in vulnus, totumque irata receptum
Impetit, et secum fugientem circuit hastam ¹.

¿Á cuántas causas no achacamos los males que nos acontecen? ¿En qué no nos fundamos, con razón ó sin ella, para dar con algo con qué chocar? No son las rubias trenzas que desgarras, ni la blancura de ese pecho que despiadada golpeas, los que han perdido al hermano querido á quien lloras; busca en otra parte la causa de tus quejas. Hablando Tito Livio del ejército romano que peleaba en España después de la pérdida de los dos hermanos, los grandes capitanes ², dice: *stere omnes repente et offensare capita*.

El filósofo Bión habla de un rey á quien la pena hizo arrancarse los cabellos; y añade bromeando: «Pensaba, acaso, que la calvicie aligera el dolor.» ¿Quién no ha visto mascar y tragar las cartas ó los dados á muchos que perdieron en el juego su dinero? Jerjes azotó al mar, y escribió un cartel de desafío al monte Atos. Ciro ocupó todo un ejército durante varios días en vengarse del río Gindo, por el temor que había experimentado al cruzarlo. Calígula demolió una hermosa vivienda por el placer que su madre había en ella disfrutado.

Los campesinos decían cuando yo era mozo que el rey de una nación vecina, habiendo recibido de Dios una tunda de palos, juró vengarse de tal ofensa; para ello ordenó que durante diez años ni se rezase ni se hablase del Criador, y si á tanto alcanzaba su autoridad, que tampoco se creyese en él. Con todo lo cual quería mostrarse, no tanto la estupidez como la vanidad pertinente á la nación á que se achacaba el cuento; ambos son siempre defectos que marchan á

1. Así la osa de Panonia más feroz después de herida, se repliega, y furiosa quiere morder el acero que la desgarró, persiguiéndolo y dando vueltas con él. LUCANO, VI, 220.

2. Publio y Cneo Escipión. Tito Livio dice, XXV, 37, que cada cual comenzó de repente á llorar y á golpearse la cabeza.

la par, aunque tales actos tienen quizás más de fanfarronería que de estupidez. César Augusto, habiendo sido sorprendido por una tormenta en el mar, desafió al dios Neptuno, y en medio de la pompa de los juegos circenses, hizo que quitaran su imagen de la categoría que le pertenecía entre los demás dioses para vengarse de sus iras, en lo cual es menos excusable que los primeros, y menos aún cuando, habiendo perdido una batalla bajo el mando de Quintino Varo en Alemania, de desesperación y cólera golpeaba su cabeza contra la muralla, gritando: «¡Varo, devuélveme mis legiones!» Los primeros se dirigían al propio Dios ó á la fortuna, como si ésta tuviera oídos para escucharlos, á ejemplo de los tracios que, cuando truena ó relampaguea, arrojan flechas al cielo para calmar las iras de la naturaleza. En fin, como dice este antiguo poeta en un pasaje de Plutarco:

Point ne se fault courroucer aux affaires;
Il ne leur chault de toutes nos choleres ¹.

Nunca acabáramos de escribir vituperios contra los desórdenes de nuestro espíritu.

CAPÍTULO V

SI EL JEFE DE UNA PLAZA SITIADA DEBE Ó NO SALIR
Á PARLAMENTAR

Lucio Marcio, legado de los romanos en la guerra contra Perseo, rey de Macedonia, queriendo ganar el tiempo de que había menester para organizar su ejército, aparentó desear llegar á un acuerdo; el rey, distraído, le concedió algunos días de tregua, facilitando así á su enemigo recursos, oportunidad y tiempo para apercibirse mejor á la lucha, con lo cual encontró su ruina. El senado romano, guardador de las costumbres dignas de memoria, acusó tal práctica como enemiga de la antigua, que era, según los miembros de aquel cuerpo, combatir frente á frente, no valiéndose de sorpresas ni emboscadas nocturnas, ni de huidas aparentes y ataques inesperados, no dando comienzo á una guerra sin antes haberla declarado, y á veces después de haber señalado previamente la hora y el lugar de la batalla. Por virtud de aquel proceder rechazaron al médico traidor que Pirro les envió y á los faliscos el preceptor desleal. Tal era el proceder de los romanos en oposición á la sutileza griega y á la astucia púnica, según las cuales vencer por la fuerza era menos glorioso que vencer por el engaño. El que se sirve de malas artes y logra su deseo, se da por satisfecho; pero sólo se da por bien derro-

1. En el libro que trata del *Reposo del espíritu*, c. iv de la trad. de Amyot.

tado el que reconoce haberlo sido, no por el engaño ni el azar, sino por el valor, de ejército á ejército, en franca y abierta lucha. Dedúcese de aquí que esas buenas gentes no habian aceptado como justa esta hermosa sentencia:

Dolus, an virtus quis in hoste requirat ¹?

Refiere Polibio que los aqueos detestaban en sus guerras todo propósito engañoso, no estimando victoria buena más que aquella en que los esfuerzos del enemigo fueron bien abatidos. *Eam vir sanctus et sapiens sciet veram esse victoriam, quæ, salva fide et integra dignitate, parabitur*², añade Cicerón.

Vosne velit, an me, regnare era, quidve ferat, fors, Virtute experiamur ³.

En el reino de Ternate, que figura entre las naciones que nos complacemos en llamar bárbaras, es costumbre no emprender guerra alguna sin haberla antes anunciado, y declarado ampliamente las fuerzas de que disponen, número de combatientes, municiones y qué género de armas, así ofensivas como defensivas van á emplearse en la lucha; tal formalidad cumplida, si sus enemigos no llegan á un acuerdo, no tienen aquéllos inconveniente en servir de cuantos medios están en su mano para lograr la victoria.

Los antiguos florentinos estaban tan lejos de alcanzar por sorpresa ventaja sobre sus enemigos, que advertían á éstos un mes antes de echar las tropas al campo por medio del continuo toque de la campana, que llamaban *Martinnella*.

Menos escrupulosos nosotros, damos la palma sólo al que vence, y practicamos la doctrina de Lisander, el cual decia: «Donde no basta la piel del león, precisa añadir un trozo de la del zorro.» Las más frecuentes ocasiones de sorpresa se sacan de esta sentencia. Es principio recibido entre todos nuestros guerreros, «que jamás el gobernador de una fortaleza sitiada salga á parlamentar». Fué esto mal visto en tiempos recientes y reprochado á los señores de Montmord y de l'Assigny, que defendían á Mouson peleando contra el duque de Nassau. Discúlpase, sin embargo, al que sale de tal suerte que la ventaja y seguridad permanecen de su parte; como hizo en la ciudad de Reggio el conde Guido de Rangan (si concedemos crédito á Bellay, pues Guicciardini asegura que fué él el autor del hecho), cuando el

1. ¿Qué importa que se triunfe en buena ó en mala lid? VIRGILIO, *Eneida*, II.

2. El hombre virtuoso y prudente debe saber que la sola victoria verdadera es la que pueden aprobar el honor y la buena fe. FLORO, I, 12.

3. Pongamos á prueba el esfuerzo de nuestros pechos para ver si eres tú ó soy yo á quien la fortuna, soberana de los acontecimientos, destina la victoria. ENNIO, *apud Cic.*, de *Officiis*, I, 12.

señor del Escut se acercó para parlamentar, porque permaneció aquél tan cerca de su fortaleza, que habiéndose producido algún desorden durante la entrevista, no sólo el señor del Escut y los suyos se vieron debilitados, sino que Alejandro Trivulcio fué muerto y el propio del Escut vióse obligado, para mejor defensa, á seguir al conde y á cobijarse bajo la buena fe de éste al resguardo del peligro en la ciudad.

Eumenes, en la ciudad de Nora, obligado por Antígono que la sitiaba á salir para hablarle, alegando que era de razón que saliese á su encuentro, en atención á que el segundo era el más fuerte, después de haber dado la siguiente noble respuesta: «No estimo que otro sea más fuerte que yo, en tanto que disponga de mi espada», no consintió en abandonar su puesto hasta que Antígono le dió á su sobrino en rehenes conforme habia pedido.

No les fué mal á algunos fiándose en la palabra del sitiador; testimonio de ello es el caso de Enrique de Vaux, caballero de la Champagne, quien fué cercado en el castillo de Commercy por los ingleses. Bartolomé de Bonnes, que mandaba la plaza, hizo quemar gran parte del castillo; de modo que el fuego amenazaba acabar con las vidas de los que se hallaban dentro. De Vaux fué invitado á parlamentar en su provecho por el sitiador, y así lo hizo. Como su completa ruina, en caso contrario, no se le ocultaba, se sintió singularmente reconocido al enemigo, á la merced del cual se encomendó. Apenas llegó el fuego á la mina, el castillo quedó enteramente destruido.

Tengo siempre confianza en la buena fe de los demás; pero mal de mi grado me encomendaría á ella, cuando mi determinación hiciera suponer ó presumir la desesperación ó la falta de valor; prefiero entregarme á la franqueza y crédito en la lealtad ajena.

CAPÍTULO VI

HORA PELIGROSA DE LOS PARLAMENTOS

Poco ha he visto en el territorio de mis vecinos de Musidán que los que fueron arrojados por nuestro ejército y sus aliados, calificaban de traición el que durante las gestiones para llegar á un acuerdo se les habia sorprendido y dejado maltrechos, conducta que acaso hubiera sido verosímil en otros siglos. Como queda dicho en el capítulo anterior nuestro modo de obrar se aparta enteramente de tales costumbres lejanas; mas sin embargo no debe concederse crédito de unos para otros hasta que las últimas formalidades estén bien determinadas, y aun entonces queda todavía bastante en que pensar. Siempre ha sido abandonarse al azar el fiarse en la licencia de un ejército victorioso.